

amonestaciones de otros príncipes ni la intimación terminante del emperador prohibiéndole hacerse protector de la pandilla de Flacio. El elector Augusto, indignado de la conducta de esta pandilla y del duque Guillermo, hizo firmar á todos los eclesiásticos de su país una declaración condenando la doctrina peligrosa de Flacio, renegando de ella y de las soeces y venenosas disputas y diatribas á que daba lugar, prometiendo no incurrir en la misma falta y hacer todo lo posible para evitar é impedir su propagación.

Corrió la voz de que el elector Augusto intervendría pronto con fuerza armada para proceder contra los teólogos del duque, y esto bastó para que los habitantes de Jena asustados declararan que si iba á la ciudad ellos la entregarían á los teólogos; pero los estudiantes tomaron partido por sus maestros declarándolo así en carteles que fijaron en las esquinas de las calles y citando á todos sus colegas á comparecer armados en la plaza del mercado á las seis de la tarde del mismo día.

LA ALEMANIA Y LOS COMIENZOS DEL MOVIMIENTO RELIGIOSO-POLÍTICO EN LOS PAÍSES OCCIDENTALES

Por aquel tiempo fué cuando estalló el terrible incendio en el Occidente europeo, que tuvo su origen principalmente en la religión y que duró sin poder ser apagado unos treinta años, siendo sus focos principales Francia y los Países Bajos. No vamos á describir aquí esta primera guerra de treinta años porque está descrita extensamente en otra obra de esta Biblioteca; pero importa examinar el papel que hizo en ella Alemania.

A la muerte de Francisco II, ocurrida en el mes de diciembre de 1560, y al sucederle en el trono de Francia su hermano Carlos IX, que entonces solo contaba diez años, la situación en general era bastante favorable para los protestantes, porque los regentes, la reina madre Catalina de Médicis y Antonio de Borbon, rey titular de Navarra, se inclinaron al partido de los hugonotes para hacer frente á los ambiciosos duques de Guisa y al partido católico acudido por ellos. Entonces habría sido fácil para los protestantes alemanes encumbrar y consolidar el protestantismo en Francia, bastándoles para ello dar á los regentes pruebas de la solidaridad de los intereses protestantes en todos los países y confirmarles y robustecerles en su actitud. El príncipe elector del Palatinado, Federico III, que mejor que ninguno de sus colegas comprendía la mancomunidad de los intereses de los hugonotes con los de los protestantes alemanes, y que también desde el primer instante se interesó vivamente por la causa de los protestantes franceses, consiguió en efecto en la asamblea de Naumburg que los príncipes allí reunidos dirigiesen en común una exposición al rey Carlos IX solicitando su benignidad para sus súbditos protestantes hasta entonces ferozmente perseguidos, y que en otra carta dirigida al rey de Navarra le excitara á que se mantuviera firme en la defensa de la religión reformada. Pero luego les ocuparon el tiempo sus propias diferencias religiosas y les impidieron continuar en el camino emprendido y cumplir el deseo de los hugonotes de hacer valer su influencia cerca del gobierno francés. El elector de Sajonia se negó después á tomar parte en una acción colectiva, y los luteranos petrificados, el conde de Dos-Puentes y el duque de Wurtemberg, en su torpeza sólo no vieron en los sucesos de Francia sino una ocasión favorable para ganar la simpatía del gobierno francés á favor de la confesión de fé de Augsburgo, á cuyo fin trataron de indisponerle contra el calvinismo. Solo tuvo Federico de su lado al landgrave Felipe de Hesse, que convino con él en que la reforma religiosa de un reino

tan poderoso como la Francia debía ir basada sobre los evangelios y los profetas y no sobre esta ó aquella rama protestante.

A los príncipes protestantes alemanes de espíritu mezquino y de pobre inteligencia cupo, pues, una parte de la culpa de que el gobierno de Francia se dejara influir por los duques de Guisa, con lo cual desapareció toda esperanza de medro para la reforma religiosa. Verdad es que por lo pronto se reconoció por el edicto de enero de 1562 la existencia legal de los hugonotes, pues que se les concedió tolerancia para su religión, pero ya en 1.º de marzo del mismo año se dió por los Guisas con el incendio de la granja de Vassy la sangrienta señal de una serie de guerras civiles, de las cuales la primera duró un año y acabó en la paz de Amboise en marzo de 1563.

Al saber lo sucedido el elector Federico exhortó energicamente á la regente Catalina á velar por el cumplimiento del edicto del mes de enero; en otro escrito suplicó encarecidamente al príncipe de Condé, jefe de los hugonotes, que se mantuviera firme; excitó á los suizos á emplear su influencia en la corte francesa á favor de la libertad del protestantismo, y finalmente escribió á su yerno el duque de Weimar encargándole seriamente que no se pusiera del lado de los impíos perseguidores de los protestantes. Ya que Federico no había podido impedir la guerra interior, hizo cuanto pudo por limitar la é impedir á lo menos su crecimiento, y por lo mismo vituperó por un lado al conde de Dos-Puentes que á la cabeza de una partida de mercenarios se había mezclado en esta guerra, y por otro negó á Condé el auxilio que le pedía, temiendo que si tomara parte con las armas en aquellas luchas sangrientas, estallara también en Alemania una guerra religiosa. A medida que se ensanchaba la distancia que le separaba de los otros príncipes protestantes alemanes, crecieron sus simpatías en favor de los hugonotes que, según él decía, tomaban su causa con mas seriedad que los alemanes, por cuya razón habían resistido á la persecución sangrienta. Admitió en su país á los oficiales de enganche de los hugonotes y negó el pase á la tropa enganchada por el gobierno francés.

Es sabido que el espectáculo ofrecido por Francia conmovió los ánimos en los vecinos Países Bajos aumentando la oposición de las provincias contra la conducta despótica é inquisitorial del gobierno español; mas por de pronto contuvieron la explosión el relevo de Granvella en marzo de 1564, la buena inteligencia de la gobernadora Margarita con los jefes de la nobleza, y la prudencia con que evitó medidas extremas, especialmente en la aplicación de los edictos contra los herejes. Pero cuando se publicaron las resoluciones del concilio de Trento, y cuando empezó á funcionar la inquisición á sangre y fuego, comenzó la horrible tragedia de los Países Bajos. La consternación fué general y dejó á aquellos habitantes anonadados y mudos de terror, mientras en el fondo de los ánimos se agitaba el furor y pugnaba por salir á la superficie. Luego se manifestaron las primeras llamaradas en el compromiso de los nobles, en la presentación de la petición á la regente, en la fundación de la liga de los «haraposos» (*gueux*). Comunicaron el movimiento al pueblo los sermones en el campo abierto en el verano del año 1566, é inmediatamente después ocurrió la tempestad iconoclasta que iniciada en Amberes se extendió por todo el país, seguida por una calma engañadora y siniestra, durante los meses en que preparó el gobierno español las fuerzas con las cuales el duque de Alba debía aniquilar las libertades políticas y religiosas de aquellos habitantes.

Durante el año 1566 varias comunidades reformadas del país se dirigieron de nuevo al elector Federico III con la

urgente súplica de que intercediera con otros príncipes alemanes cerca de la regente y de los señores del gobierno para que no se les condenase sin oírlos. Federico III hizo cuanto pudo por sus correligionarios en el extranjero, pero si bien pudo lograr en un parlamento anterior que sus colegas protestantes no consintieran que fuesen condenados los protestantes que discrepaban de la profesión de fé de Augsburgo, no pudo lograr en el parlamento de 1566 ni en el de 1567 que intercediesen colectivamente cerca de la regente Margarita á favor de los protestantes de los Países Bajos. Los miembros del parlamento no quisieron hacer causa común con Federico III por ser éste calvinista.

Entretanto corrían voces de la formación de una vasta alianza católica que tenía por objeto acabar radicalmente con el protestantismo. Estas voces, que empezaron á correr á raíz de la publicación de la paz religiosa, tomaron gran consistencia al cerrarse el concilio de Trento y mas al comenzar la agitación religiosa en Francia y en los Países Bajos. Lo que hicieron los gobiernos en estos dos países tenía todas las trazas de ser el principio de la realización del plan convenido en Bayona en junio de 1565 y en presencia del duque de Alba por la regente de Francia Catalina de Médicis y su hija la reina de España.

Entre los príncipes protestantes alemanes circulaban copias del convenio de alianza que se decía formada con el fin indicado entre el emperador, el Papa, los reyes de España y de Portugal y los duques de Baviera y de Saboya, convenio en el cual se esperaba hacer entrar también al rey de Francia. El primer golpe debía caer sobre los protestantes de los Países Bajos y el segundo sobre los de Alemania, donde debía empezarse por el destronamiento de los electores del Palatinado y de Sajonia, en cuyo lugar se colocarían hijos del emperador. También debía ser destronada la reina Isabel de Inglaterra y proclamada en su lugar María Estuardo. En fin, en toda la cristiandad no debía existir mas Iglesia que la católica romana y todo el mundo debía ir á misa, si no de grado, por fuerza.

Poco importa que estos rumores de alianza católica fuesen fundados ó no; acaso fueron esparcidos adrede por los jefes de los hugonotes, Condé y Coligny, con el objeto de conmover á todo el mundo protestante y hacerle ver la necesidad de auxiliar á los hugonotes para trabajar así en su defensa común. Lo importante es que estas noticias fuesen creídas, y lo que entonces sucedía en Francia y en los Países Bajos confirmaba los rumores mas siniestros.

En marzo de 1567 dimitió el príncipe de Nassau-Orange y se evadió á Alemania, mientras el duque de Alba se dirigió con su ejército á los Países Bajos. El elector del Palatinado, convencido, como no podía menos de estarlo, de que á medida que arreciara la tempestad en el país vecino se aumentaría el peligro que amenazaba á la Alemania, no cesó de trabajar en favor de una unión de los príncipes protestantes. En una reunión celebrada en Heidelberg en mayo de 1567 convino con los soberanos de Wurtemberg, Hesse y Baden en invitar colectivamente al elector de Sajonia á entrar en la unión proyectada. A mediados de junio tuvo Federico III en Maulbronn otra entrevista con el duque de Wurtemberg y el marqués de Baden, para ponerse de acuerdo sobre los medios de apartar y hacer frente al peligro que amenazaba á todos según voz pública, y convinieron en invitar á todos los magnates protestantes alemanes á una asamblea general, para concertar una unión franca y leal é invitar á ella también á los condes, caballeros y ciudades protestantes que dependían directamente del Imperio, á fin de entrar juntos en negociaciones con el gobierno francés para facilitarle tropas alemanas para sus guerras exteriores con la con-

dición de no ejecutar en Francia las resoluciones del concilio de Trento ni de dejarse influir contra los príncipes protestantes de Alemania. Era la primera vez desde la liga de Smalcaldia que ocurría la idea de una unión de todos los miembros protestantes del Imperio y de su inteligencia con Francia, libre de la influencia del Papa y de España.

La realización de este proyecto dependía de la adhesión del elector de Sajonia, sin el cual era imposible. Pero Augusto estaba muy lejos de querer auxiliar á calvinistas, aun-



Medalla con el busto del duque Juan Federico el Mediador de Sajonia

Tamaño original. Existente en el Moneterario Real de Berlin

que había procedido severamente contra los luteranos fanáticos de Weimar; y ya en 1566, á una invitación de Federico III que le suplicaba intercediese con otros príncipes protestantes de Alemania cerca del rey de España y de la



Medalla con el busto del duque Juan Federico el Mediador de Sajonia cuando estaba preso

Tamaño original. Existente en el Moneterario Real de Berlin

gobernadora Margarita á favor de los protestantes de los Países Bajos, había contestado que solo podía interceder á favor de los adeptos de la profesión de fé de Augsburgo, pero no á favor de calvinistas. En vano el elector del Palatinado, que veía mucho mas lejos que Augusto y todos los demás príncipes y magnates alemanes, trató de hacer comprender al de Sajonia que el Papa y sus partidarios no hacían diferencia entre luteranos y calvinistas, y que estando perfectamente unidos, si se les dejaba dar el primer golpe lo dirigirían tanto contra los unos como contra los otros. En política era Federico adversario decidido de los Habsburgos, por esto se había opuesto con todas sus fuerzas á la elección de Maximiliano, y en religión era adversario mas decidido todavía del Papa, y por lo mismo había abogado siempre por la igualdad de todas las ramas protestantes y por la libertad de pasar de una á otra, al mismo tiempo que se había opuesto á permitir que los protestantes se hicieran

católicos. Quería una union estrecha de todos los protestantes de todos los países para luchar contra el catolicismo y aniquilarlo.

Muy diferente era el elector Augusto, que estaba en relaciones estrechas con la casa de Habsburgo, y respecto de la Iglesia católica no era tan grande su hostilidad como la de Federico. Este para proteger y hacer triunfar la religion reformada habria pasado por encima del Imperio, mientras que Augusto creía que el sostenimiento del Imperio era la única garantía de un porvenir provechoso. Por tanto, no estaba por uniones parciales dentro del Imperio como la proponía el elector del Palatinado, ni por alianzas religiosas de miembros sueltos ó grupos de ellos con el extranjero. Para Augusto el porvenir del Imperio no consistía en el triunfo del protestantismo, sino en la igualdad de derechos de las Iglesias y en su buena armonía y concordia. En esto estribaba en su opinion la fuerza de Alemania, cuyo deber era oponerse á la restauracion del poder pontificio y al despotismo de España; pero su oposicion no llegaba hasta mezclarse en guerras extranjeras, y se limitaba á mantener una escrupulosa neutralidad.

Segun se ve, estos principios políticos del elector de Sajonia nada tenían de varonil ni de político, pues que se apoyaban en un modo de existencia del Imperio, resultado de la tradicion, pero no basado sobre una organizacion formal. Aquel soberano no consideraba que con la neutralidad que él se proponía conservar quedaria la Alemania excluida de los grandes movimientos de las naciones y de la época, y que adoptar una actitud semejante equivalía á renunciar á toda mision histórica.

A esta disposicion de ánimo que tan diferente era de la del elector Federico, se agregó para Augusto en el año 1566 el asunto del duque de Weimar, su pariente y enemigo, y de su consejero Grumbach, asunto que le indujo á evitar todo lo que podia disgustar al emperador á cuya sombra habia de medrar. Por todo esto contestó negativamente á la excitacion de los cuatro soberanos reunidos en Heidelberg, calificando las siniestras noticias de alianzas católicas de ilusiones de algun genio turbulento y ocioso, que las hacia correr para sembrar desconfianzas y recelos entre los príncipes alemanes y el emperador. Tambien se negó á adherirse á las resoluciones tomadas poco despues en la reunion de Maulbronn, aludiendo en apoyo de su negativa á la apostasia de Federico al desertar del luteranismo y alegando además que una accion colectiva de los príncipes protestantes alemanes no daria ningun resultado á causa de las divisiones que impedirian todo acuerdo. Mientras contestaba de este modo á sus colegas ofreció al emperador que cedería gustoso una parte de sus tropas al rey de España para emplearla en los Países Bajos.

La union de los soberanos protestantes alemanes contra el peligro que amenazaba á todos los protestantes no pudo, pues, realizarse por culpa del elector de Sajonia, cuyo ejemplo solian seguir casi todos los príncipes soberanos del Norte de Alemania.

Entonces justamente llegaron á Alemania noticias de nuevas conmociones en el Occidente. En agosto del año 1567 entró el duque de Alba en Bruselas, donde puso presos á los condes de Egmont y de Horn y á otros nobles, y creó el consejo del orden público. Simultáneamente habia estallado en Francia la segunda guerra civil.

Entonces el elector del Palatinado no titubeó en proceder por sí solo, ya que no habia medio de concertar una accion comun. No quiero, dijo, ser espectador ocioso del incendio de la casa del vecino hasta que sea tarde para apagarlo. Sin escuchar las exhortaciones del emperador ni los consejos de

sus amigos, y sin que le contuviera la seguridad de que se exponía á la hostilidad de todo el partido católico de España y de sus amigos, envió en diciembre de 1567 á su hijo segundo, Juan Casimiro, con su caballería al socorro de los hugonotes acudillados por Condé, dando así una prueba de su carácter varonil y honrado, prueba digna de su discurso de defensa ante el emperador y demostracion de que todavia habia en Alemania varones decididos á intervenir en los sucesos europeos, aunque callasen cobardemente el emperador y los demás magnates que componian el Imperio. No hizo caso del prudente consejo del duque de Wurtemberg, el cual le decia que antes de precipitarse en ningun compromiso meditara bien si la sublevacion de los hugonotes reconocia una causa justa ó si era únicamente una resistencia punible á las órdenes de la autoridad legítima, y reflexionara si la expedicion armada de su hijo podia ofender al rey de España y de consiguiente á S. M. el emperador. El elector Federico contestó á este consejo benévolo que el príncipe de Condé y los suyos iban impulsados únicamente por la religion que sus enemigos les querian arrebatar.

La nueva guerra civil francesa quedó concluida en marzo de 1568 con la paz de Longjumeau.

Entonces el príncipe Guillermo de Orange dió principio á su campaña en los Países Bajos, y tambien le auxilió Federico III del mejor modo que pudo, enviándole grandes subsidios y capturando en el Rhin una remesa de dinero destinada al duque de Alba, sin por esto cesar en sus esfuerzos, á la verdad inútiles, para sacar á los príncipes alemanes de su letargo y excitarles á aliarse contra el enemigo. Lo que hicieron fué desaprobando la actitud agresiva de su compañero y por prudencia alejarse de él. El emperador estaba tan indignado de la conducta de Federico III, que el nuncio del Papa juzgó la ocasion favorable para proponerle en el verano del año 1568 la destitucion del elector turbulento, ofreciéndole para ello el apoyo y auxilio de Roma, España y Francia. El nuncio propuso además dar el electorado ó á un hijo del emperador ó á la casa de Baviera; pero Maximiliano juzgó esta medida demasiado atrevida, porque siendo un ataque directo á la independencia de un miembro del Imperio, indispondria contra sí á amigos y enemigos.

INTELIGENCIA ENTRE LOS ELECTORES DE SAJONIA Y DEL PALATINADO

Lentamente empezaron á comprender los príncipes alemanes que era arriesgado permanecer indiferentes é inactivos en presencia de las tremendas luchas que conmovian los países vecinos. Era cada dia mas evidente que Felipe II estaba decidido á realizar el propósito de su padre de exterminar la religion protestante juntamente con las libertades y fueros de los Países Bajos. La ejecucion de este propósito seria, en efecto, mucho mas fácil si bajo la influencia de España se procedía del mismo modo y simultáneamente en los países vecinos. Esta idea empezó á inquietar al elector de Sajonia, y á fines del año 1567 creyó descubrir alguna conexion entre las persecuciones de los protestantes en los Países Bajos y en Francia. Al propio tiempo le ocurrió la idea de que España podia encontrar en las contiendas entre los duques de Sajonia y en el proyecto de Grumbach, é igualmente en la conducta de Suecia y Lorena, motivos para establecer su poder en el Báltico en perjuicio de Dinamarca, con cuya familia real el elector Augusto estaba emparentado. Uno de los rebeldes de Gotha, llamado Mandelslohe, habia encontrado asilo en la corte de Lorena; el duque de Weimar, Juan Guillermo, su pariente, facilitaba tropas al gobierno francés contra los hugonotes, cosas que necesariamente debian crear

al elector Augusto enemigos en España y Francia. Todo esto produjo paulatinamente un cambio en las ideas de Augusto, y aunque no era este cambio tan grande que le hiciese asociarse con el elector del Palatinado, favoreció por lo menos ocultamente la expedicion del hijo de éste. Cuando la ejecucion de los condes de Egmont y de Horn y otros nobles de los Países Bajos á principios de junio de 1568 demostró la brutal tiranía del duque de Alba; cuando las fuerzas españolas efectuaron repetidas incursiones en el territorio alemán; cuando el duque de Alba se mezcló en la contienda entre la ciudad de Tréveris y su arzobispo, y cuando se rompió definitivamente la paz de Longjumeau, no respetada nunca por el partido católico, y estalló la tercera guerra civil en Francia, entonces decidióse el elector Augusto á tomar tambien, á su manera, una parte activa en los sucesos, y se acercó á este fin al elector Federico que habia probado ya con hechos su resolucion de proteger al Imperio contra el peligro que le amenazaba de parte de España y del partido católico en general.

La aproximacion entre los dos electores se efectuó con el casamiento de sus hijos en 26 de noviembre de 1568, al cabo de cuatro meses de negociaciones y á pesar de los escrúpulos y obstáculos religiosos. La noticia de este casamiento entre Isabel de Sajonia y Juan Casimiro del Palatinado fué recibida con júbilo en los Países Bajos y con bastante disgusto en algunas otras partes.

Hasta los príncipes electores eclesiásticos de la cuenca del Rhin se espantaron á la vista de las fuerzas numerosas que España habia reunido en los Países Bajos y del despotismo brutal que desplegaba. Aquellos electores temian ser absorbidos y quedar reducidos, de soberanos territoriales que eran, á meros dignatarios y príncipes de la Iglesia, pues que en Tréveris habia algunos centenares de mosqueteros españoles y era de temer la anexion, sin lo que podria venir despues si las fuerzas españolas, aumentadas con tropas italianas, llegaran á ser todavia mas numerosas. Tan grande era el terror, que el duque de Julich, cuyo territorio confinaba con el del electorado de Colonia, dimitió su cargo de jefe de los contingentes armados de la circunscripcion militar de Westfalia, en vista de las amenazas del duque de Alba. En julio de 1568 reuniéronse estos príncipes en Bacarat (Bacharach) con el elector del Palatinado para concertarse sobre lo que convenia hacer en aquella situacion, y resolvieron enviar una embajada al emperador para suplicarle que intercediera cerca del gobierno español para que restableciera el orden y la tranquilidad en los Países Bajos y retirara de allí sus tropas. Este era un paso, pero nada mas; era lo mismo que conjurar un incendio para que cese, en vez de apagarlo. El elector Federico propuso en vano que todos se preparasen á rechazar de consuno el peligro español y las extralimitaciones del duque de Alba, si el emperador no lo hacia, y rechazarlo hasta contra la voluntad del emperador; pero los príncipes eclesiásticos no accedieron á esta proposicion.

El elector de Sajonia, muy deseoso de que de parte de Alemania se hiciese algo en vista de los sucesos que se desarrollaban en los Países Bajos, se brindó á acompañar á la embajada para añadir sus instancias á las de los embajadores, y hasta llegó á proponer la intervencion armada del emperador y del Imperio; pero no admitió la idea de que los miembros del Imperio se unieran para defenderse y marchar al auxilio de los protestantes de los Países Bajos, si el emperador no lo hacia. Primero habria sacrificado toda aquella parte de Alemania que peligraba, que consentir en faltar á la armonía entre los miembros del Imperio y su jefe, es decir, en que se faltara al emperador. Así fué que envió en su lugar un embajador con orden de añadir sus instancias á las

de la embajada del elector de Brandeburgo y á la solicitud redactada en sentido muy general por los electores del Rhin, y pedir enérgicamente el alejamiento de las tropas españolas de la proximidad del Imperio, para el cual eran mas peligrosas que los turcos y rusos, atendidos los deseos de conquista de España. Los embajadores debian recordar al emperador su deber de impedir la ruina de los Países Bajos y que se despojase al Imperio de un miembro tan precioso como éste, asegurándole al propio tiempo que todos los miembros del Imperio sin excepcion estarian á su lado con sus vidas y haciendas como era su deber, demostrando con esto que cuando se trataba de la conservacion y felicidad del Imperio y de proteger á sus miembros, todos desde el emperador hasta el último magnate estaban unidos.

La embajada de los electores, á la cual para dar mayor importancia y peso á su mision se habian agregado enviados de varios príncipes protestantes, llegó á Viena en el mes de setiembre de 1568.



Medalla conmemorativa de la toma de Gotha
Tamaño del original

En la corte imperial, el jefe militar Lázaro de Schwendi y el vicecanciller Zasius eran entre otras las personas mas influyentes. En su opinion debian ser expulsados los españoles de los Países Bajos, y auxiliado el príncipe de Orange; pero el emperador opinó de distinto modo. Como buen Habsburgo, era partidario de España; desde un principio habia aprobado la conducta de su pariente el rey Felipe II respecto de los protestantes de los Países Bajos, y hasta habiale auxiliado en su empresa amenazando al príncipe de Orange con castigarle como perturbador de la paz. Únicamente deseaba que el gobierno español procediera en los Países Bajos con benignidad y consideracion; el terrorismo del duque de Alba le asustaba, porque podia ser causa de una sublevacion revolucionaria en Alemania; pero, á pesar de esto, no pensaba ni remotamente en intervenir con las armas. Su duplicidad le impuso el papel miserable de una alma débil; no quiso irritar con una negativa rotunda á los tres príncipes del Imperio, y mucho menos ofender al rey de España, en cuya corte se educaban sus hijos, y á esto se agregaba la muerte reciente del infante D. Carlos, ocurrida en 23 de julio, muerte que daba á los Habsburgos alemanes nuevas esperanzas de heredar el trono de España. Quejose Maximiliano al conde Luis de Eberstein, embajador del elector de Sajonia, que por ser amigo de los protestantes le tenían rencor sus hermanos, el Papa y el rey de España; pero el embajador de éste dijo que enviaria una embajada á Madrid solo por tapan la boca á los alemanes. Schwendi, que conocia á su soberano, confió al embajador del elector del Palatinado que, aun cuando el emperador quisiese, no podria intervenir á favor de los Países Bajos por las razones que acabamos de mencionar. Maximiliano accedió por pura comedia á procurar un armisticio entre el duque de Alba y el príncipe de Orange. Tambien envió á su hermano, el archiduque Carlos, á Madrid con el encargo de inducir al rey